EL MOSCA

Esta mañana una lluvia muy agresiva nos ha sorprendido. En pleno noviembre, mes primaveral. El cambio climático, dicen los expertos. Un acontecimiento que rompe el curso normal de la estación. Incluso algunos profesores han venido con polera y bluyín. Sobre el patio de tierra va originándose una película líquida donde se refleja un cielo nuboso y denso. Mirando desde los dos ventanales de la sala de clases, esperamos la venida del Mosca, nuestro profesor de Ciencias Sociales. Es más que seguro que vendrá con su habitual sombrero de fieltro verde, un sombrero de corte antiguo, muy chaplinesco. Es como su signo de identidad.

******

El hombre había bajado la gran escalinata de la Biblioteca Nacional y corrido por la acera para abordar el taxi colectivo que esperaba el verde del semáforo. Trastabilló en la cuneta y perdió el equilibrio cayendo hacia la calzada. El chofer del bus no logró frenar a tiempo y lo atropelló. Todos lamentaban el accidente con expresiones de palabras o miradas. El muchacho se dirigía hacia su casa en un bus de la Red Santiago. Bajó en el siguiente paradero y regresó hacia el lugar del accidente, impulsado por la curiosidad. Un vehículo de Carabineros estaba estacionado a unos tres metros del cadáver.

******

El Mosca aun no sale de la sala de profesores a pesar del cambio de hora. ¡Pobre Mosca!... ¿Qué ocurrencia traerá hoy para la clase? Es el profesor más original que tenemos este año, sus clases son entretenidas, siempre atrayéndonos con formas distintas de enseñanza, comparándolas con las de los otros profesores. Recuerdo la película “La sociedad de los poetas muertos” que fue comentada en una clase de literatura. ¿Qué ocurrencia extraña traerá hoy para desarrollar la clase? Algunos profesores se ríen de él, sobre todo el de Física que se cree más chistoso que el Bombo Fica.

******

La sangre espesa se deslizaba por el asfalto como una huidiza serpiente roja. Perdía su brillo por los nubarrones que habían cubierto la ciudad desde el amanecer provocándose una lluvia durante la mañana y que había mermado a mediodía. Ahora volvía a correr un leve viento de lluvia, tibio, amenazador. De vez en cuando el muchacho miraba las nubes que formaban una corona compacta sobre Santiago. Buses y taxis hacían una pequeña curva para sortear el espacio del accidente y seguían su ruta por la Alameda hacia el poniente.

******

Al fondo de la sala, Riveros prepara su artillería. Saca hojas del cuaderno de matemática y de entre sus hábiles manos va apareciendo una buena cantidad de plumillas que el gordo Ferrero las embute una dentro de otra, como fiel escudero, un Sancho Panza venido a menos. Intuyo el desorden que se avecina. Como en otras ocasiones, seré un mero espectador, sin energía para enrostrar a mis compañeros sus insolencias y groserías contra el Mosca… Repentinamente todos gritan y corren hacia la puerta de la sala. El Mosca ha salido del salón de profesores. Aprieto el estuche de los lápices entre mis manos, sentado en mi banco junto a uno de los ventanales de la sala.

******

Llegaré tarde a casa, se dijo el muchacho, y más que seguro tendré el reto de mi mamá. Y al chasquear los labios, como un signo de no darle importancia, una chica lo miró y sonrió. Él pensó en el hombre muerto. ¿A dónde habrían ido a parar sus miradas, sus risas, sus temores? ¿Qué habría sido de sus sueños, de sus proyectos? Y a ratos volvía a mirar la carpeta plomiza que cubría el cadáver. Miró a la muchacha, cabizbaja, su cabello castaño apenas asomando bajo la capucha de la parka azul.

******

La manaza de Agüero roza mi cabeza y la rodilla de Costamagna presiona mis riñones, ambos encaramados en mi banco. No cesan risas y gritos. El Mosca

camina por el barro. ¿Por qué no viene por el pasillo techado? Trae puesto su habitual sombrero de fieltro verde. Poco a poco la tela de su sombrero se ennegrece; primero unas manchitas, después es la cabeza del Mosca toda cubierta por un gran manchón negro con forma de sombrero. ¡Pobre Mosca! Inicia un lento trote a través del patio, cuidando de no resbalar y caer. Los gritos aumentan. Sé que el Mosca los escucha, los debe sentir como proyectiles que atraviesan su traje y todo su cuerpo. Podría volver sobre sí y regresar al salón de profesores. Pero él sigue, no duda en acercarse a nuestra sala, y sus zapatos se han metido en una poza y las risas y gritos se intensifican. Y el inspector Vergara que no aparece. Seguramente bebe su café de la mañana en la oficina.

******

A veces la sangre parecía detenerse en su cauce resbaladizo, temerosa del camino que continuaba. Las nubes se hacían más oscuras y la brisa tibia de lluvia más intensa. Es muy bonita, se dijo el muchacho mirando el rostro de la chica que permanecía a su lado. Ella sorprendió su mirada y le sonrió nuevamente. Él también le sonrió. Sonrisas plenas de vitalidad, sonrisas frescas, nuevas. Volvió la mirada al hombre muerto. Debe tener una familia, una esposa, unos hijos, que diariamente lo esperan y le preguntan cómo estuvo el día, si almorzó, si comió las frutas, si tuvo algún problema en el trabajo, y cosas como esas pensaba el muchacho.

******

Pensar que todo empezó cuando el señor González entró a jugar al futbolito con nosotros. Mientras jugábamos, comenzó a dar instrucciones como si fuera el DT. Empezó a creerse el Marcelo Bielsa del liceo. Ahí comenzamos a burlarnos de sus comportamientos. En una oportunidad llegó a la clase con el juego del Metrópoli. Acérquense en orden, nos dijo. Nosotros nos miramos atónitos. Vamos a jugar a la Gran Ciudad, agregó enfático. Así entenderán el sistema comercial en una sociedad de libre mercado. Estuvimos contando dinero, calculando ganancias y pérdidas. Fue una clase superentretenida, pero no dejamos de burlarnos de las ocurrencias del Mosca, como le decíamos por sus inmensos ojos azules. Comenzó a ser distinto a los otros profesores en las clases. Esta mañana, como tantas veces, sé que tendré

que soportar las groserías contra el Mosca. En su rostro se dibuja una mueca de inocencia, o de esperanza de una buena clase. Da la impresión de que su sombrero de fieltro verde caerá en cualquier momento al barro, siendo pisoteado por su propio calzado. Sobre el libro de clase, sostenido en bandeja por sus brazos, se ve una caja de cartón de color rojo. ¿Qué traerá en la caja?, vocifera Carvajal.

******

De pronto llegó el furgón del Instituto Médico Legal. El muchacho detuvo una vez más su mirada en la carpeta plástica que cubría el cuerpo inerte. Apenas sobresalía por un costado un brazo con la palma de la mano hacia arriba, como pidiendo algunos minutos más de vida, tal vez, o dando a entender que la suerte ya estaba echada. El furgón se ubicó a un costado del cadáver. Los rostros descansaron de la tensión provocada por la espera, solidarizando con el pronto levantamiento del cadáver. El muchacho se resistió a entender esa terrible forma de morir, que escapaba a toda lógica, tal como la lluvia que irrumpía sobre la capital como a destiempo. Se acomodó la mochila sobre su espalda y metió sus manos en los bolsillos del uniforme escolar. Miró a la muchacha. Se vislumbraba en ella un rostro muy bien perfilado, unos ojos muy elocuentes, una naricita respingada y levemente estrecha, unos labios un tanto abultados, aunque no rompían el equilibrio armónico del rostro. Su frente apenas era cruzada por un mechón de su cabello, como una pincelada sin ninguna intención. Desviando su mirada, el muchacho recuperó una vez más la imagen del cadáver cubierto, una imagen que se iba confundiendo con el asfalto de la calzada, como siendo absorbida por fantasmas invisibles.

******

Por fin el Mosca ha puesto su calzado mojado y enlodado sobre las baldosas del corredor y se dirige a nuestra sala. Quiero quitarme de encima a mis compañeros y salir corriendo para detenerlo y decirle que no entre. El Mosca oye los gritos, sabe lo que le espera. Se detiene ante la puerta del curso. Pide permiso para entrar. Sonríe. Observo esos ojos de buey; observo esos cabellos ya encanecidos, miro ese sombrero verde que ya pierde su color por el agua absorbida. El Mosca vuelve

a solicitar permiso ante la valla infranqueable de mis compañeros. Por último, pierde la paciencia e irrumpe con violencia. Es empujado, tironeado. Todos se aprietan el estómago riéndose, y todo de pronto es risa y el mapa de Chile es una gran carcajada, odiosa, toda la ciudad inconmovible una gran risotada. No me atrevo a levantarme y detenerlos. Y Sandoval ha logrado quitarle la caja roja y la está abriendo sobre uno de los bancos, mientras el Mosca inútilmente quiere recuperarla, sus ojos casi ya desorbitados. De pronto me descubre sentado junto al ventanal y me mira suplicante. Solo atino a bajar mis ojos. ¡Mis soldaditos, mis soldaditos!, gime desesperado el Mosca, sin soltar su sombrero ya en una de sus manos. La súplica no surte efecto y yo permanezco como clavado en la silla, mirando de vez en cuando la inesperada lluvia que sigue golpeando sin piedad el patio de tierra. Advierto que el desorden no cesará hasta la llegada del inspector y ya todos se arrojan los soldaditos, mientras el cuerpo del Mosca se rinde a estertores incontrolables por la rabia, la indignación y la impotencia.

******

El muchacho observó una vez más las nubes sobre la biblioteca y los edificios aledaños. Una gota solitaria le golpeó en la nariz. Un viento fuerte y tibio tendía a mover y levantar la carpeta que cubría el cadáver. Dos funcionarios de guardapolvos azules abrieron las puerta traseras del furgón y con sus manos enguantadas bajaron una camilla metálica a la calzada. Sus movimientos eran rápidos y precisos. Indiferentes al gentío sobre la vereda. Tomaron el cadáver sin sacar la carpeta que lo cubría y lo depositaron sobre la camilla. El muchacho miró a la chica y comprobó su mirada compasiva. Ella también miró al muchacho y se cruzaron entre ellos unas muestras de aceptación de esa terrible muerte del hombre, como si ellos algo tuvieran que ver con la vida del hombre muerto.

******

Algo me ha golpeado en una oreja, uno de los soldaditos de plomo. Francisco me mira, sonriendo, se agacha y lo coge, lo acaricia entre sus manos y lo lanza hacia el ventanal, en medio del barullo de la sala. Un vidrio, hecho trizas, cae hacia el corredor. El Mosca está sentado en su mesa mirando tristemente su sombrero de

fieltro verde protegido por su mano izquierda, temiendo que también se lo arrebaten. El libro de clase yace derrumbado entre las patas de unos bancos. ¿Qué nos iría a enseñar el Mosca con los soldaditos? Quizás las estrategias napoleónicas en su expansión por Europa o aquellas empleadas por O'Higgins, San Martín y Simón Bolívar en las batallas de independencia de la América hispana.

******

Una lluvia tibia comenzaba a caer decididamente sobre la ciudad. Los funcionarios cogieron la camilla y, con extremo cuidado, la introdujeron en el furgón. El muchacho comprobó en su celular que ya eran las 19:15. La muchacha se acomodó la capucha de la parka para evitar que la lluvia mojara su rostro. Se miraron una vez más y se sonrieron como muestras de una empatía natural entre jóvenes y como cómplices de aquellas sensaciones que emergían en ellos causadas por el espectáculo de la muerte. Ya termina todo, dijo el muchacho. Sí, dijo ella. Por fin se lo llevan, agregó luego de unos segundos.

******

Cuando llega el inspector Vergara a la sala ya el Mosca se ha ido, destrozado, indignado, pero al mismo tiempo con una gran tristeza por la destrucción de su juguete. ¿Qué ha pasado, Gabriel?, me dice el inspector. Lo de siempre, señor, digo. Un silencio culposo se ha adueñado de la sala. Guardo libros, cuadernos y estuche en la mochila. Todos mis compañeros me miran, intranquilos, temerosos de alguna acusación. Ante mi prolongado silencio, el señor Vergara sale de la sala, sin mirar a mis compañeros. Algunas risitas emergen subrepticiamente como pequeños roedores que salen de sus escondites.

******

Uno de los funcionarios cogió el sombrero todo arrugado, aplastado y mojado, como estropajo de cocina, que había quedado sobre la calzada, y lo depositó sobre la carpeta que cubría el cadáver, como un objeto ya inservible. La lluvia se intensificaba y era necesario hacer un gran esfuerzo para ver la sangre que ya se confundía con el agua sobre el asfalto, llevándose la vida del hombre hacia

las cloacas de la ciudad. Uno de los funcionarios tomó las puertas del furgón y las cerró con un golpe seco; echó un vistazo sobre la calzada que brillaba y se encaminó a la cabina del furgón donde lo esperaba el otro funcionario. El furgón se abrió paso entre algunos automóviles, viró por Mac-Iver y se perdió hacia Mapocho, hacia la Avenida La Paz. El muchacho recordó la caótica clase que había tenido en la mañana y su confusión ante la actitud de sus compañeros de curso. Fue solo como un chispazo en su conciencia. Luego volvió sus ojos hacia la muchacha que aún no se decidía a marcharse, estática en una reflexión permanente. El muchacho posó una de sus manos sobre un hombro de la chica como signo de compartir una ausencia provocada por la muerte. Ella lo miró de reojo y le sonrió con la amargura de lo inevitable en la vida. Él compartió la sonrisa y le dijo si aceptaba beber un café en el carrito apostado en un costado de la Biblioteca Nacional.

******

Al día siguiente, al acercarme al liceo, me llamó la atención una aglomeración en su entrada. Sobre los altos árboles de la avenida, se veía un cielo azul, resplandeciente, dando cuenta de un sol que ya tempranamente alumbraba y calentaba la ciudad, esplendorosa y húmeda. Me apresuré. Casi corrí atenazado por la curiosidad. Se veían profesores, directivos, alumnos. Algunos de mis compañeros de curso permanecían frente a la rectoría. Vi al inspector y me acerqué. ¿Qué ha pasado, señor Vergara? ¿No hay clases?, dije. El inspector bajó la cabeza, se miró las manos y con voz temblorosa dijo: Ha fallecido el Mosca, el señor González quiero decir. Lo mató un bus frente a la Biblioteca Nacional. Ayer, avanzada la tarde. No me imagino cómo pudo ocurrir, Gabriel. No me lo explico.

******

Un fuerte chaparrón comenzó a caer sobre la ciudad definitivamente. La gente se dispersaba, cubriéndose como podía. En la vereda solo quedaban algunos santiaguinos a la espera de un bus hacia la Estación Central. El muchacho y la muchacha caminaron hacia el carrito del café. Se dijeron sus nombres. Yo soy Gabriel, dijo él. Yo, Isabel, dijo ella. Solicitaron sendos cafés y algunas galletas, de pie bajo el toldo que los protegía de la lluvia. Tengo clases mañana, dijo el

muchacho. Entro a las ocho quince, agregó. Yo entro a las ocho en la clínica donde trabajo, acá en la avenida Santa Rosa, dijo la muchacha. Tendré un día difícil por dos operaciones que tendré que asistir, añadió. Sonrieron y comenzaron a beber el café, caliente y reconfortante.